CAPÍTULO VI

Alianza de Julio II con España.—Grave enfermedad y restablecimiento del Papa.—La Liga Santa de Octubre de 1511.—Destitución de los cardenales cismáticos.—Plan de Maximiliano de obtener la tiara.—Fracaso del conciliábulo francés de Pisa.—Batalla de Ravenna el domingo de Pascua de 1512.

Con la convocación de un Concilio universal, quedaban los cardenales disidentes derrotados, aun antes que pudieran comenzar su campaña contra Roma; el atrevido plan de combatirlos con sus propias armas había sido el más original pensamiento del Papa. De las relaciones de los embajadores venecianos se colige, que ya en la primavera del año de 1511, estando en Bolonia, se había ocupado Julio II en aquel proyecto, y se resolvió á plantearlo inmediatamente, después de haber conocido en Rímini la citación de los cismáticos (1). Durante el viaje á Roma, se meditó detenidamente el plan del Concilio, cuya realización aconsejaban al Papa el cardenal Antonio del Monte, y el dominico Tomás de Vío (2). Un despacho que el embajador veneciano escribió en Tolentino, á 14 de Junio de 1511, refiere, que ya entonces se había presentado en el consistorio el escrito de convocación. El acto de haber los cismáticos fijado la citación en Roma á 9 de Junio, no sirvió

(1) Sanuto, XII, 166, 219.
(2) Hergenröther, VIII, 457.

más que para confirmar á Julio II en su plan (1); pero no le hizo, sin embargo, precipitar cosa alguna; y sólo después que la bula se examinó con la mayor detención, y se pensaron muy bien todas las cosas, hizo el Papa á 18 de Julio, la genial jugada, con que dió mate al concilio de los cardenales cismáticos, aun antes que hubiera comenzado. Mas con esto no se lograba todavía librar á Italia de la preponderancia de los franceses, tan peligrosa para el Pontificado. En quebrantar dicha preponderancia tenía asimismo España el más urgente interés; y de la actitud que tomase dependía el ulterior desenvolvimiento de los sucesos.

Las esperanzas que Julio II había colocado en Don Fernando el Católico, no quedaron frustradas. El monarca español tenía por cuestión de honra amparar á la Santa Sede, siempre que le trajese cuenta; por lo cual, con asentimiento del cardenal Cisneros, que había sido llamado á Sevilla, y de los Grandes, resolvió suspender la guerra de África, y emplear en Italia sus fuerzas militares. Accediendo al requerimiento del Papa, se quitó al rebelde cardenal Carvajal el obispado de Sigüenza, y se envió á Roma una considerable suma de dinero para sufragar los gastos de la guerra (2).

Luego después de haber el Papa llegado á Roma, el embajador español, por mandato directo de su Rey, se había dirigido á Julio II ofreciéndole el auxilio de los españoles para recobrar á Bolonia; y asimismo se debía invitar á Inglaterra á entrar en una liga contra Francia, lo cual no se ocultó á Luis XII (3).

Parece que Julio II no se inclinó sino con repugnancia y perezosamente á aliarse con los españoles; por lo cual continuaba todavía negociando con Luis XII, quien, sin embargo, se negó á consentir en la indispensable condición de abandonar á los cardenales cismáticos, que en Julio habían sido citados á Roma. De esta suerte, la necesidad forzó al Papa á meterse en la peligrosa alianza con España (4). En las primeras semanas de Agosto las negocia-

(1) Sanuto XII, 243, 267.
(2) Hefele, Ximenes, 434 s. Gams, III, 2, 142.
(3) Sanuto XII, 273-274, 330. Cf. Brewer, Henry VIII, 1, 17, n. 4. V. también Fumi, Carteggio, 151.
(4) Juicio de Ranke, Rom. und germ. Völker, 267. Brosch, Julius II. 226-227, cree poder admitir como cierto, que las negociaciones con Francia no eran sinceras, pues el Papa había aceptado como intermediario á G. Giordano Orsini, que nunca había sido empleado en negocios políticos, ni servía para

ciones habían adelantado tanto que, para ajustar una liga entre el Papa, Venecia, España é Inglaterra, no faltaban sino los poderes de los monarcas inglés y español (1); y además de esto, se andaba en negociaciones para obtener el auxilio de los suizos. Pero entonces ocurrió un súbito accidente que pareció iba á dar á las cosas un giro totalmente diverso.

Entre las fatigas y trabajos de los últimos meses, el anciano Papa había contado demasiado con sus fuerzas corporales, y fiádose de su naturaleza de gigante, sin pensar que también las tales tienen una cantidad de fuerzas limitada. Sin descanso había promovido desde fines de Julio los preparativos para el Concilio general, enviado á todas partes breves y nuncios, introducido el proceso contra el duque de Urbino, dirigido las negociaciones con España é Inglaterra, á pesar de haber sufrido á principios de Agosto un acceso de fiebre, motivado probablemente por una excursión á Ostia. A 17 del mismo mes sufrió un nuevo accceso de calentura, á pesar de lo cual, no quiso apartarse de los negocios, recibiendo en cama á los embajadores. Con esto el día 20 de Agosto se presentó otro nuevo acceso, de tal violencia, que los médicos predijeron que el Papa moriría en caso de repetirse. Con la celeridad del rayo se esparció en Roma la noticia de hallarse el Papa á la muerte, y ya comenzaron los cardenales á tomar providencias para el futuro conclave. El embajador español llamó á Roma á los Colonna, pues Julio II parecía hallarse en los últimos, y había peligro de que los Orsini, apoyados por Francia, se apoderaran de la Ciudad. «El Papa está á la muerte, refería á 23 de Agosto el embajador de Venecia Lippomano. El cardenal Médici

ellos. Débil razón es ésta, como asimismo la otra, que Brosch juzga ser de especial importancia, conviene á saber: el contenido de las condiciones del ajustamiento. Brosch escribe sobre ellas: «Aunque respecto de Ferrara y Bolonia fuesen tales, que el rey pudiese asentir á ellas, ó por lo menos negociar sobre ellas,—debía negarse á desamparar á los cardenales cismáticos como se le exigía, lo cual se lo prescribía el honor.» Es cosa notoria, que en ninguna época los príncipes temporales han reparado mucho tiempo en abandonar á sus instrumentos, tan pronto como era necesario para sus fines políticos. El desamparo de los cardenales rebeldes era una pretensión, de la que no podía desistir Julio II en ningún caso, si no quería formalmente renunciar al pontificado. Por lo demás, Brosch mismo indica más adelante la verdadera causa del fracaso de las negociaciones; que era, el ofrecerse al rey de Francia la perspectiva de abrir de nuevo la guerra en condiciones más favorables. Sobre la citación de los cardenales, v. Sanuto XII, 321-322.

(1) Sanuto, XII, 372-373.

me ha dicho, que no pasará de esta noche. Médici aspira á la tiara; pero, sin embargo, se cree que será elegido un cardenal adicto á los franceses, y se designa á Rafael Riario y á Fiesco. En la Ciudad reina una indecible confusión, y todo el mundo se ha armado.» «A 24 de Agosto recibió el Papa el sagrado Viático, levantó la excomunión contra Bolonia y Ferrara, absolvió al duque de Urbino, y tomó sus últimas disposiciones» (1). Paris de Grassis escribió entonces: «Creo poder terminar mi diario; pues se acerca á su fin la vida del Papa, el cual, por su carácter voluntarioso, se niega á seguir los consejos de los médicos. Julio II había recomendado sus parientes al cardenal Rafael Riario, y hecho distribuir á los mismos 34,000 ducados. Después de haber tomado un pequeño refrigerio, comenzó á hallarse un poco mejor; pero el lunes 25 de Agosto rehusó todo alimento, y recayó en un accidente que hizo perder las esperanzas de su vida. El miércoles no se había manifestado aún ninguna mudanza, y como hacía cuatro días que no tomaba alimento, todos, hasta los médicos, le daban por desahuciado. Llegáronse á abrir las puertas de sus aposentos, y algunas personas del pueblo penetraron hasta el mismo lecho donde yacía el Papa moribundo, con los ojos cerrados. Ya comenzaban las inquietudes en la Ciudad, á donde regresaban los desterrados, y todo se llenaba de confusión; los funcionarios públicos, aun aquellos que pertenecían á los tribunales de justicia, suspendían sus trabajos; «el gobernador de la Ciudad se refugió en el palacio, y el ministro de policía en el castillo de Sant-Angelo. El Sacro Colegio se reunió, y ya me dió órdenes para el entierro del Pontífice, las exequias y el futuro conclave. Acaeció entonces, que los parientes y camareros del Papa llamaron á un médico menos severo (2), y obtuvieron de él que permitiera al Papa comer todo

(1) Sanuto, XII, 330, 362, 370, 371, 395, 398, 403 s., 434 s., 441, 449; cf. 484. Bernardi, II, 340. V. también Fumi, Carteggio, 157, 158-159, y Luzio, F. Gonzaga, 22. El defensor del duque de Urbino, Felipe Beroald, el joven, convenció al Papa de la traición del cardenal Alidosi; por lo cual fué absuelto dicho duque y restablecido en todos sus honores. Además de Dennistoun, II, 328, cf. el apuntamiento de las *Acta consist. de 22 de Agosto de 1511. *Archivo consistorial del Vaticano.*

(2) Según Berliner, Gesch. der Juden II, 81, y Gregorovius VIII³, 76 se podría creer, que este personaje fué el médico judío, Samuel Zarfati (cf. Marini II, 249 s. é *Intr. et exit. 536, f. 148, donde aparece: magister Samuel Ebreus, «medicus S. D. N.», quien en 14 de Julio de 1505, recibe 125 flor. auri largi, ad bonum computum pro eius provisione. Chirurgus del Papa era mag. Joh. de

lo que quisiese. El médico accedió á ello, y supo mover á Julio II, que parecía estar en los últimos, á romper su prolongado ayuno. El enfermo pidió melocotones, nueces, ciruelas y otras frutas, aunque no tragó ninguna, limitándose á mascarlas. Después deseó comer cebollas pequeñas y fresas, las cuales se contentó asimismo con mascar; pero finalmente comió varios melocotones y ciruelas, y también bebió, después de lo cual cayó en un ligero sopor. En esta situación permaneció dos días, durante los cuales los que le rodeaban fluctuaban entre el temor y la esperanza. Mirábase con espanto á lo porvenir; pues parecían inminentes el motín, la guerra y la carestía» (1). Que el maestro de ceremonias del Papa no exagera nada, lo muestran las relaciones de los embajadores á la sazón residentes en Roma.

«Jamás, escribía el embajador de Venecia Lippomano, ha reinado en Roma, á la muerte de un Papa, tan grande ruido de armas; nunca había sido el peligro mayor que ahora. Dios Nuestro Señor nos asista» (2). Algunos nobles aprovecharon la confusión general de la Ciudad, para intentar una sublevación contra el gobierno eclesiástico. A la cabeza de los revolucionarios se puso el ambicioso Pompeyo Colonna, á quien sus parientes habían destinado, contra su voluntad, al estado eclesiástico; y no contento con la dignidad de obispo de Rieti y abad de Grottaferrata y Subiaco, aspiraba Pompeyo á mayores cosas. Después de la muerte de los cardenales Orsini, Colonna, Savelli y Cesarini había contado seguramente con alcanzar la púrpura; pero había visto frustradas sus esperanzas. Ahora, pues, se había de vengar del menosprecio que había hecho Julio II de las antiguas familias romanas. Pompeyo Colonna corrió al Capitolio, y con discursos demagógicos excitó al pueblo,

Vico. *Archivo secreto pontificio*). Con todo, por la relación del embajador de Venecia, citada por Sanuto XII, 449, en que no repararon los sobredichos historiadores, se saca claramente, que no puede ser esto verdad, pues el Papa estaba muy descontento precisamente de este Rabi. Dícese allí además en la relación de 26 de Agosto: Marco Scipio heri li lasso mangiare uno persicho; parve stesse meglio. Es verdad, que aquí la fecha no concuerda con la de Grassis, pero Jovius, Vita Pomp. Col. 240, dice expresamente: Medicus qui Julio poma persica obtulit, fuit Scipio Lancelotus. Este pasaje, como el de Sanuto, ha escapado á Marini I, 292 s. Sobre los médicos judíos de los papas, además de Marini I, 292 s., cf. también Güdemann 237. Cf. Vogelstein, 69, 83 s., 111, 125.

(1) Paris de Grassis, ed. Döllinger 411-412. El único que podía algo con el enfermo, era el joven F. Gonzaga. Cf. Luzio, F. Gonzaga 22-23.

(2) Sanuto XII, 449. Cf. Luzio, F. Gonzaga 22.

fácilmente impresionable, á sacudir el gobierno de los sacerdotes y restablecer la libertad republicana; y por de pronto se acordó proponer al Papa que debía nuevamente elegirse, cierto número de exigencias, entre otras que se nombrara cardenal á un romano (1).

Entonces despertó Julio II de aquel desmayo semejante á la muerte; el haber tomado mucha fruta y bebida, que parecía haber de producirle una muerte segura, fué su salvación, según el juicio de los contemporáneos. Comenzó á disminuir el ardor de la fiebre que le consumía, y á 28 de Agosto se hallaba ya casi completamente restablecido (2).

Un terror sin igual se apoderó de todos aquellos que habían contado con su muerte; tanto de los cardenales ocupados en el futuro conclave, como de los sublevados romanos. Los nobles, para dar á sus conatos un aspecto inocuo, ajustaron deprisa y corriendo en el Capitolio, á 28 de Agosto, una de aquellas alianzas para la paz, que ni eran nuevas ni duraderas; y luego se separaron unos de otros. Pompeyo Colonna se dirigió apresuradamente á su fuerte castillo de Subiaco, y los demás huyeron á Francia; pues el Papa, á quien se había creído muerto, habló en seguida de severos castigos (3). Pero no se procedió á ellos; pues la lucha contra los cismáticos y los franceses llenaba enteramente el ánimo de Julio II.

Lo primero que hizo después de su convalecencia, retardada por su continuo quebrantamiento de la dieta prescrita, fué reanudar las negociaciones para concluir una liga contra Francia. Una alianza con todos los príncipes cristianos, debía amparar al Papa, su Concilio y su Estado (4). La noticia sobre el proceder de los cardenales cismáticos, la negativa de Luis XII de abandonar á los Bentivoglio, y sus amenazas de nombrar un antipapa, infun-

(1) Jovius, Vita P. Columnae. Guicciardini X, c. 1. Sanuto XII, 482. Luzio, F. Gonzaga 23. Gregorovius ha hecho un relato en parte erróneo de esta tentativa de levantamiento, como ha demostrado Reumont, en una disertación sobre los Nuptiali di Altieri, publicados por Narducci, en la Allg. Zeitung 1874, n.º 358, supl. Como Gregorovius (VIII, 78 s.) en la 3.ª edición de 1881 tampoco ha tenido cuenta alguna de esta observación, no será superfluo indicarla de nuevo. Cf. también L. Passarini, Memorie intorno alla vita di S. Aldobrandini 219. Ya en 1507, muchos romanos tenían sentimientos hostiles á Julio II, como se saca de Paris de Grassis, ed. Frati 174.

(2) Sanuto XII, 455, 481, 482-483. Cf. Paris de Grassis, ed. Döllinger 412.

(3) Sanuto XII, 483. Fioravante, Denarii 161 s. Coppi, Mem. Colonnesi 257 s. Mazio en la revista Saggiatore IV, 13-21.

(4) Lanz, Einleitung 121.

dían á Julio II graves cuidados; lo cual fué causa de que el Papa, que á 1 de Octubre había nombrado al cardenal de Médici, Legado de Bolonia y de la Romaña (1), condujera con tanto mayor fervor las negociaciones para una alianza, que había de protegerle y hacerle recobrar los territorios perdidos del Estado eclesiástico (2).

A 4 de Octubre de 1511 llegaron á un resultado definitivo las negociaciones acerca de dicha alianza, la cual se publicó solemnemente en Roma, al siguiente día, en Santa María del Popolo. La Liga Santa se ajustó al principio, entre Julio II, Don Fernando el Católico y Venecia, pero invitando expresamente al Emperador y al rey de Inglaterra á entrar en aquella alianza, que debía unir á todos los príncipes cristianos para defender la unidad de la Iglesia y el buen ser de los Estados pontificios (3). Ya entonces parecía cierta la adhesión de Enrique VIII, que se siguió en efecto á 17 de Noviembre (4), y además podía contarse con que los suizos atacarían el Milanesado (5).

Asegurado de esta suerte, dió Julio II el último paso contra los cardenales rebeldes; y después de transcurrido el término fijado en la admonición pontificia, en un consistorio público celebrado á 24 de Octubre, en que tomaron parte 18 cardenales, pronunció el Papa la sentencia de excomunión y deposición contra Carvajal, Briçonnet, Francisco de Borja y de Prie, como rebeldes; á los cardenales Sanseverino y d'Albret se les amenazó con el mismo castigo si no volvían á la obediencia de la legítima autoridad del Supremo Jerarca de la Iglesia (6).

(1) Paris de Grassis, ed. Frati 299. Corp. dipl. Portug. I, 137.
(2) Cf. Sanuto XII, 488, 500, 536, 538, 545.
(3) Lanz, Einl. 122.
(4) Dumont, IV, 1, 137. Raynald 1511, n. 34. Theiner, Cod. III, 578 sqq. Mittheil. d. österreich. Instituts 1884, p. 618 s. Lettres de Louis XII. III, 60 s., 65 ss. Opere ined. di F. Guicciardini VI, 21 s. Paris de Grassis, ed. Döllinger 412. Cf. Mem. stor. di Mirandola I, 197 s. Semper, Carpi 8. Relaciones del embajador de Portugal Franc. Juzarte al rey Manuel, en el Corp. dipl. Portug. I, 137 138-139. Lehmann 15 ss., y sobre la adhesión de Inglaterra, Brewer, State Papers I, n. 1980. *Acta consist. f. 35. *Archivo consistorial del Vaticano.* Sanuto XIII, 75 ss., 87 ss.; cf. 130 ss., 201.
(5) Cf. Dierauer, II, 407. Un breve de Julio II á los suizos, de 27 de Octubre de 1511, publicado en los Abschieden, III, 2, 586; el mismo dirigido al burgomaestre y ayuntamiento de Basilea, con fecha 28 de Octubre de 1511, existente en el *Archivo de Basilea*, n.° 2673.
(6) Raynald 1511 n. 33, 35, 36. Paris de Grassis, ed. Döllinger 412-413; cf. 414 el notable juicio sobre la situación de los cardenales cismáticos. Sanuto XIII, 177, 178, 201 s. Desjardins II, 571, note 1. Lehmann 15. Atti dei Lincei

De esta manera los cardenales disidentes quedaron despojados de su oficio y dignidad, aun antes de principiar su concilio, y ellos mismos estaban tan indecisos, que difirieron presentarse en Pisa, haciéndose al principio representar por sus enviados (1). El cariz que presentaba su criminal empresa era, en todo caso, el peor que podía imaginarse; pues España é Inglaterra tomaron una actitud enteramente contraria, y tampoco en Italia ni en Alemania se descubría ningún rastro de entusiasmo en favor de los cismáticos. Hasta en la misma Francia hallaron éstos tan pocas simpatías, que el cardenal de Prie, escribía á 20 de Septiembre: que si Luis XII no empleaba su regia potestad para favorecer á la asamblea de Pisa, transcurriría ésta de una manera deplorable y hasta ineficaz. Por esta vía se entregaba al arbitrio del monarca francés la libertad del concilio, aun antes de reunirse (2). El número de los que tomaron parte era tan insignificantemente pequeño, que no pudo abrirse en la fecha de 1 de Septiembre señalada, antes bien se hubo de ampliar el término hasta 1 de Noviembre.

Los mismos autores del cisma perdieron desde el principio la confianza en su causa; y se refiere que los cardenales españoles, conociendo la disposición de su monarca, hubieran estado dispuestos á principios de Septiembre á separarse del cismático intento, si el Papa les hubiera permitido permanecer en Sena (3).

A la disposición decididamente contraria del monarca español, se añadió además la vacilante actitud de Maximiliano. Al principio se pronunció el Emperador contra la apartada y poco segura ciudad de Pisa; en Julio manifestó resueltamente, que aquella asamblea eclesiástica no podía celebrarse sino en una ciudad del Imperio; y principalmente, se propuso la ciudad de Constanza, tan favorablemente situada (4); pero más adelante (en Septiembre)

1892, Serie IV, Scienz. mor. X, 15. Cf. *Acta consist. f. 34ᵇ-35. Aquí se menciona, que Sigismondo de' Conti leyó públicamente el decreto y que éste fué aprobado por los cardenales en un consistorio secreto de 22 de Octubre. *Archivo consistorial del Vaticano.* En 25 de Octubre se notificó á todos los príncipes la deposición de los cuatro cardenales; v. *Archivo público de Turín.* Mazzo 18, n. 26. En el *Archivo público de Bolonia*, se conserva una copia del anuncio dirigido á Maximiliano, fechado en Roma á 24 de Octubre de 1511.
(1) Lehmann, 15.
(2) Raynald 1511, n. 8. Hergenröther VIII, 480.
(3) Morsolin, L'abbate di Monte Subasio 15.
(4) Le Glay I, 417. Acta Tomiciana I, 211. Zurita 248ᵇ. Fraknói, Liga von Cambrai 86, Anm. 1, 92. Ulmann, II, 436 s., quien observa justamente, que en

trabajó el Emperador para que se celebrara en Pisa (1). Fue además de mucha importancia, que no sólo Polonia y Hungría, sino también el Imperio mismo, se mostrara contrario á las imperiales solicitaciones en favor de un concilio antipapal (2). De diversas partes se procuró directamente disuadir al Emperador; así lo hicieron, por ejemplo, su hija Margarita y el sabio abad Tritemio. Este último le prevenía instantemente contra una asamblea que, siendo ilegítima en su mismo origen, sólo podría producir un cisma; y hacía observar al Emperador, que Alemania no le seguiría por este camino (3). La actitud adversa del clero alemán demostró que el sabio abad de Sponheim había juzgado rectamente. A todo esto se añadía la ya mencionada disidencia con Francia en lo tocante al lugar del concilio. No es, pues, de maravillar, que comenzara á enfriarse el interés del Emperador por la asamblea eclesiástica promovida por los cardenales disidentes.

Cuando la mortal enfermedad del Papa, en Agosto del año 1511 (4), creyó Maximiliano, como todo el mundo (5), que Julio II moriría ciertamente; por lo cual nombró en seguida tres delegados para el conclave, y quiso enviar también á Roma á su fiel Lang, para que, en inteligencia con el cardenal Adriano Castellesi, cuidara de sus intereses en la nueva elección, y hablando con el embajador inglés, designó Maximiliano como candidato suyo al cardenal mencionado. Al propio tiempo se entregaba asimismo el ambicioso Carvajal á la esperanza de llegar al término de sus deseos (6).

Al principio no se quiso creer en la Corte imperial la súbita convalecencia de Julio II; antes bien se abrigaba la firme persuasión de que los días del Papa estaban contados. Con este convencimiento escribió Maximiliano las discutidas cartas en las que expresa la descabellada idea de juntar la tiara con su corona imperial (1). En una de estas cartas, fechada á 18 de Septiembre

la proposición de celebrar el concilio en Florencia, contenida en la instrucción del emperador á su secretario Pigello Portinari, más bien se trataba de una especulación rentística. Ulmann no ha reparado, que la mencionada instrucción no está inédita, sino que ya ha sido publicada por Tommasini, Machiavelli I, 702-703.

(1) Cf. la carta de Maximiliano de 7 de Septiembre de 1511, publicada por Villari, Machiavelli II (2 ed., Milano 1895), 556.

(2) Ulmann II, 435.

(3) Trithemius, Annal. Hirsaug. II, 669 sq.

(4) Cf. arriba p. 283 s.

(5) Cf. Fraknói, Erdódi Bakócz Tamás 108 sq.

(6) Ulmann, Absichten 22, y Maximilian II, 440.

(1) Sobre los planes de Maximiliano de obtener el papado, se ha formado una bibliografía extraordinariamente copiosa. *A. Jäger,* en las Sitzungsberichten der Wiener Akad., XII (1854), 199 s., ha hecho un catálogo de los escritos antiguos, pertenecientes á esta materia. El sobredicho investigador rechaza, ciertamente con razón, las dudas suscitadas contra la autenticidad de las cartas de Maximlliano (á las cuales pertenece también en cierto sentido, la instrucción de Maximiliano á Jorge de Neideck, de 10 de Junio de 1507, mencionada más arriba, p. 269, nota 2). Declárase igualmente contra aquellos que toman las cartas con toda seriedad, según su texto literal, y asimismo también contra aquellos sabios que en las mismas sólo quieren ver una chanza. Después, sirviéndose Jäger en gran manera de la obra de *Schreck* (Biografía del card. Adriano. Trento, 1837), procura dar la solución del enigma con una interpretación alegórica de las cartas, por las cuales, según él, el emperador sólo habría querido indicar su plan de alcanzar la tiara para un hombre enteramente adicto á sí, el cardenal Adriano Castellesi, refugiado en el Tirol. Pero *Lanz,* 118, *Böhm* y *Huber,* III, 394, han objetado contra eso, con mucha razón, que el texto claro y preciso de las cartas no permite semejante explicación; esta observación se aplica especialmente á la carta á P. de Liechtenstein. Ya antes se había puesto esta objeción en una crítica de Jäger muy severa, procedente, según parece, de *Höfler,* que salio á luz en el Gel. Anz. d. Münch. Akad., de 15 de Octubre de 1856. A pesar de lo que dijo Jäger, la mayoría de los investigadores continuó sosteniendo la opinión de que Maximiliano había intentado seriamente reunir en sí la dignidad imperial y pontificia. Después, *Brosch,* sacó del archivo de Venecia la prueba de que, todavía por Diciembre, se seguían negociaciones sobre este asunto entre Maximiliano y Fernando de España; el trabajo de Jäger es tratado con muy poco aprecio por Brosch. Aunque ciertamente el estudio de Jäger es defectuoso en muchos puntos, con todo eso, su hipótesis volvió en parte á cobrar crédito, después de las investigaciones de *Gebhardt* y *Ulmann.* El primero (Adrian von Corneto, 23 s.) adujo la prueba de que el embajador inglés en la corte imperial, anunció á su rey, el 4 de Septiembre de 1511, que Maximiliano deseaba la elevación del cardenal Adriano, para suceder á Julio II, enfermo sin esperanza alguna. En 1888, el biógrafo de Maximiliano, Ulmann, trató esta cuestión en una obra especial. En oposición á Böhm, Ulmann pone ante todo como fundamento de la investigación, la instrucción imperial del año 1507 (que ciertamente no es conocida en su texto íntegro). En dicho año, vivía todavía la emperatriz, y por consiguiente, infiere Ulmann, es imposible que Maximiliano pudiese pensar entonces en alcanzar la dignidad pontificia. «Ahora bien, como aquella intención primera del emperador se expresó por su pluma con la misma fórmula ó manera de decir, en 1511, hay derecho para suponer, á pesar de haber cesado en este intervalo el impedimento, con la muerte de la emperatriz, que la personal exaltación al trono pontificio no habría sido en 1511, más que en 1507, la verdadera substancia y meollo de los planes de Maximiliano» (p. 5). El verdadero fondo y substancia de dichos planes lo ve Ulmann en la «idea predilecta» de Maximiliano, de secularizar los Estados de la Iglesia. Como esta última idea, prosigue Ulmann, está en contradicción con la personal adquisición de la tiara, todas las noticias que se propalaron sobre la reunión de la dignidad pontificia é im-